

Domingo entre Navidad y Epifanía.

El tiempo que media entre la fiesta de Navidad y Epifanía, se llama entre los griegos *Dadecameron*, porque consta de doce días. En este espacio no puede haber mas que dos Domingos, que la Iglesia latina llama *vacantes*, porque no tienen oficio propio; mas como el primero sí tiene misa propia, y nunca se omite, como sucede algunas veces con el segundo, parece muy debida la explicacion de su misa.

El Introito es del cap. 18 del libro de la Sabiduría; dice así: "Cuando todo estaba en un grato y profundo silencio, y la noche en su curso había hecho la mitad de su carrera, vuestra omnipotente palabra, ¡oh Señor! descendió del cielo, donde tenéis vuestro trono." No puede dudarse que esta palabra omnipotente que descendiendo del cielo á la tierra, es el Verbo del Padre, que haciéndose hombre para nuestra salud, habitó entre nosotros. La Iglesia aplica estas palabras al nacimiento de Jesucristo, que se verificó á la media noche, y en un tiempo en que todo el mundo estaba en paz bajo el imperio de Augusto.

La Epistola es del capítulo IV de la de S. Pablo á los Gálatas. El Apóstol habia convertido á estos pueblos á la fé de Jesucristo y formado de ellos una Iglesia muy floreciente; mas los judíos que habia entre ellos, convertidos tambien, pero apegados á la observancia de la circuncision y de la ley de Moises, querian persuadir que eran necesarias aun en la Ley de Gracia, para la salvacion. Para destruir este error les escribe el Apóstol esta Epistola, en la que entre otras cosas, les hace ver la diferencia que se da entre la ley escrita, que era propia de siervos ó esclavos, y la de Gracia, que es propia de los hijos: á aquellos convenia una ley dura y un yugo fuerte que los sujetara; mas á estos correspondo una ley suave, que ganando sus corazones, los lleve á Dios por el amor filial.

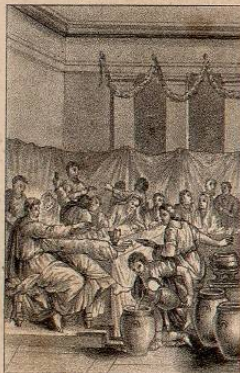
Para hacérselos mas perceptible, el Apóstol se vale de la comparacion de un hijo pequeño, que aun siendo heredero de su padre, no se diferencia del siervo mientras es párbulo; sino que está bajo la obediencia de tutores y curadores de su minoridad; hasta el tiempo prefinido por su padre; mas cuando llega este tiempo, sale de aquel estado de servidumbre, y entra en los goces y prerogativas de hijo. El pueblo judío, segun los Santos Padres, era este pequeño heredero de las bendiciones del Padre celestial, prometidas á los



Presentacion de Jesus en el Templo, y vaticinio que hizo con base de él.



Jesus es hallado en el Templo disputando con los Doctores.



Bodas de Cana.



El sacrosanto Familia de Jesus.

Santos Patriarcas del Testamento Viejo: la época de su minoridad fué la de la Sinagoga, Nada, pues, tenia de extraño que miéntras ésta duraba estuviere bajo de aquellos tutores, que eran la ley y los Profetas; esto es, sirviese bajo la misma ley que los siervos y esclavos.

Llega por fin, dice el Apóstol, la plenitud del tiempo en que aquel hijo debía salir de este estado de servidumbre, y envió Dios á su Hijo, que hecho Hombre en el vientro y de la sustancia de una Mujer, viva bajo la ley, para sacar de aquel estado penoso á aquel Hijo que vivía sujeto á la misma ley, y hacerlo entrar en la adopcion de los hijos, esto es, en los goces y privilegios que corresponden á un hijo, aunque adoptivo, como lo somos de Dios nuestro Padre. Por donde viene á suceder que ya no es siervo, sino hijo y heredero por la bondad de Dios, dice el Apóstol; y como que ya es hijo, envía Dios á su corazón el espíritu de su hijo, para que con él pueda clamar á Dios, llamándole *Padre*. Con esto prueba el Apóstol hasta la evidencia que al pueblo cristiano, que es este hijo entrado en sus prerogativas, no conviene la servidumbre de aquella ley que ligaba al judío, y abrogó Jesucristo, sino la suavidad de la de Gracia que estableció en su Iglesia.

El Evangelio es del capítulo II de San Lucas, y refiere el recibimiento que el santo viejo Simeon y la profetisa Ana hicieron al Niño Jesus en el templo. La Santísima Virgen, á los cuarenta dias de su parto, llevó á su Sacratísimo Hijo á Jerusalem, para ofrecerlo al Señor, como lo disponia la ley; y estando en el templo, el anciano Simeon, venerable por su virtud, el bendijo, y hablando del divino Niño Jesus, dijo á su Madre: "Puesto ha sido este Niño para ruina y para resurreccion de muchos en Israel, y para ser constituido como un signo á que se contradirá. Su espada, añadió, atravesará tu alma, para que se descubran los pensamientos nacidos de muchos corazones." El Salvador que venia á buscar lo que se habia perdido, y á reparar lo que habia percido, no podia causar directamente la ruina aun de una sola persona; pero respecto á que él era el signo de contradiccion, esto es, el maestro de la verdad, la regla indefectible del bien obrar, á que habian de oponerse el error y la inmoralidad, y que con la doctrina y el ejemplo de su vida santísima, habia de hacer que se discernieran y conocieran el bien ó mal obrar de los hombres; debia en este sentido causar la ruina de muchos; no porque la ocasionara directamente, sino porque

era la piedra, contra la cual habian de estrellarse los que lo contradijeran y le hicieran oposicion. Mas ántes de que los enemigos de Jesus hubieran de hacerse pedazos contra esta piedra mística, ellos habian de tener una hora en que contradecirlo, perseguirlo y causarle la muerte, ocasionando con ello los dolores de María, que le anuncia Simeon.

Llegando en aquella misma hora Ana, profetisa, anciana respetable y llena de virtud, glorificaba tambien al Señor, y predicaba las grandezas del Niño Dios á las personas piadosas que la oian. Luego que María y José con el Divino Niño, hubieron concluido todo lo que pedia la ley de la presentacion, se volvieron á Nazareth en Galilea.

La Epístola es del cap. IV de la del Apóstol San Pablo á los Gálatas.

Hermanos: miéntras el heredero es niño, en nada se diferencia del siervo, no obstante que es dueño de todo; sino que está bajo la potestad de los tutores y curadores, hasta el tiempo señalado por su padre. Así nosotros cuando éramos todavía niños estábamos sirviendo bajo los primeros elementos de la ley que Dios dió al mundo. Mas cumplido que fué el tiempo, envió Dios á su Hijo, concebido de una Mujer, y sujeto á la ley, para redimir á los que estaban bajo de la ley, á fin de que recibiésemos la adopcion de hijos. Y por cuanto vosotros sois hijos, envió Dios á vuestros corazones el espíritu de su Hijo, el cual nos hace clamar: Abba, esto es, Padre mio. Y así ninguno de vosotros es ya siervo, sino hijo; y siendo hijo, es tambien heredero de Dios *por Cristo*.

El Evangelio es del capítulo II de San Lucas.

En aquel tiempo: Estaban José y María, Madre de Jesus, admirándose de las cosas que de él se decian. Simeon bendijo á entrambos, y dijo á María, su Madre: He aquí que este Niño está destinado para ruina y para resurreccion de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradiccion (lo que será para tí una espada que atravesará tu alma) á fin de que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones. Vivía entonces una profetisa llamada Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, que era ya de edad muy avanzada, y habia vivido siete años solamente con su marido, á quien se unió siendo doncella, permaneciendo viuda hasta la edad

de ochenta y cuatro años: no se apartaba del templo, sirviendo á Dios en ayunos y oraciones noche y dia. Esta, pues, sobreviniendo á la misma hora que Simeon, alababa igualmente al Señor, y hablaba del Niño á todos los que esperaban la redencion de Israel. Luego que JOSÉ Y MARIA ejecutaron todas las cosas, conforme á la ley del Señor, se regresaron á Galilea y fueron á la ciudad de Nazareth, su habitacion ordinaria. Crecia el Niño entre tanto y se fortalecia en espíritu, estando lleno de sabiduria, y la gracia de Dios estaba en él.

MEDITACION.

Sobre la voluntad que tiene Dios de salvar á todos los hombres.

Considera que aunque Jesucristo nació, padeció y murió por la salvacion de todos los hombres, no por eso se salvarán todos. Uno de los artículos de nuestra fé es que el número de los escogidos es el mas pequeño, y que son muchos mas los que se condenan. Mas no queda por Jesucristo: este Divino Salvador ha hecho todos los gastos sobreadundantemente: él es, dice San Juan, una víctima de propiciacion por nuestros pecados; y no solo por los nuestros, sino tambien por los de todo el mundo. Pero la desgracia es que no todos obedecen al Evangelio, dice San Pablo; y he aquí porque no todos se salvan. La voluntad del Salvador es sincera y universal; pero nuestra malicia impide el que sea eficaz. ¿Cómo remediarémos este mal? ¡Ah! removiendo de nosotros este espíritu de resistencia y contradiccion á su voluntad y ley, para que la redencion obre en nosotros su efecto saludable.

Considera que es de mucho consuelo estar persuadidos á que Dios quiere salvar á todos los hombres; á que es un artículo de fé el que Jesucristo ha muerto por todos los hombres; y que ha derramado su preciosa sangre para que todos tengan vida, y la tengan con mas abundancia; pero que este consuelo debe estar templado con el santo temor de perder por nuestra culpa el beneficio de la redencion. Yo sé que Dios quiere salvarme, y que ha muerto por mí; pero tambien sé que hay en mí un libre albedrío, una corrupcion, una malicia muy capaces de fustrarme aquel bien, y causarme mi ruina. ¿Y qué cosa mas digna de temer, que la posibilidad de perderme?

PETICION Y PROPÓSITOS.

Apartad de mí, Señor, tal desventura: haced que corresponda á las miras benéficas que teneis sobre mí: lleno de confianza en vuestra misericordia, espero y os prometo no abusar mas de vuestra bondad. Vos quereis verdaderamente salvarme; yo tambien lo quiero con una voluntad sincera: hacedla eficaz por vuestra gracia, á la cual no quiero resistir ya mas.

JACULATORIA.

Tu voluntad, Dios mio, es mi santificacion.

LECCION.

Sobre la obligacion de huir las ocasiones de pecar.

Antes de que San Juan comenzase su predicacion estuvo treinta años en el desierto, desconocido de los hombres, y conociéndose á sí mismo. El huir del mundo es el verdadero medio de santificarse: esto es lo que nos predica San Juan en su desierto ántes de predicarnos la penitencia. Con su retiro nos enseña á huir del mundo, ó á lo ménos á evitar las ocasiones que se encuentran en él á cada paso, y que constantemente se oponen á nuestra santificacion. Véamos pues, el peligro que hay en las ocasiones; pues que, ó se peca exponiéndose á ellas, ó con causa de pecado. Se entiende por ocasion de pecar todo aquello que nos induce á faltar en algo á la ley divina y nos pone en peligro de quebrantarla: la caridad, que despues del amor de Dios tiene por objeto el nuestro propio, no nos permite exponernos á semejante peligro; pues que eso seria arriesgar nuestra salvacion, el mas importante, esencial y universal de todos los negocios, y querer perderse segun el Eclesiástico: *El que ama el peligro, en él perece.* Este es el principio á que debemos atender: sin embargo, no toda ocasion es de pecado; expliquemos cuando lo es y cuando no. La ocasion de pecar es pecado en sí mismo cuando es voluntaria, cuando es próxima, y sobre todo, cuando lo es respecto de nosotros.

Quando es voluntaria, porque hay ocasiones que no lo son, como las que se ofrecen por algun accidente, y que no podemos evitar ni apartar ántes de que se presente. Llámanse pues voluntarias, aque-

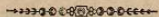
llas en que nos metemos nosotros mismos, las que buscamos con pleno conocimiento, y en que entramos por nuestro gusto, constándonos por la experiencia, que todas ó las mas veces que nos vemos en ellas, faltamos. Estos son pecados, no aquellos; pues siendo involuntarias no son libres; y no siendo libres no son pecado. Hay mas, que para serlo es necesario que la ocasion sea próxima. Se distinguen comunmente dos clases de ocasiones; unas remotas, otras próximas: las primeras son aquellas que no estando tan estrechamente unidas con el pecado, se puede esperar prudentemente preservarse de él con la ayuda de la gracia: las segundas son las que se hallan tan conexas con él, que rara vez se deja de caer poniéndose en ellas. Exponerse precisamente á la ocasion remota, no es pecado, pues de otra suerte sería forzoso apartarse del mundo y de la vida civil para no pecar, como dice el Apóstol: *Porque si no, debieramos salir de este mundo*. Solo pues, la ocasion próxima es pecado, la que se debe evitar y procurar huir: tanto, que es uno de los motivos que hay para negar la absolucion á los penitentes, porque son aun mas reprehensibles en estar en un peligro evidente de pecar, que en que pequen por pasiones violentas y fuertes instigaciones del demonio. Se debe tambien considerar la ocasion de dos maneras: ó en general ó en particular, en sí misma ó respecto de nosotros. Considerada en sí misma y en general, puede no ser pecado; pero sí lo puede ser considerada en particular y con respecto de nosotros. Estos son unos principios generales en que todos convienen. Pero apliquemos estas reglas á nuestra conducta: aqui es donde todos discrepamos, porque nos persuadimos, mejor diré, queremos alucinarnos como el impío que dijo: *No hay Dios*, con que la ocasion en que estamos es necesaria siendo voluntaria; que es remota siéndolo próxima; que es general siendo particular para cada uno de nosotros.

¿Qué cosa mas comun que el escudarse con semejantes necesidades, que en la realidad no lo son sino porque el mundo las hace ver como tales? Yo soy jóven, decís, no puedo prescindir de las tertulias y de las visitas; me es indispensable ver á mis amigos y tener alguna recreacion. Yo estoy en un empleo que me obliga á manejar tales y tales negocios, aun con peligro de mi conciencia. Ven acá, jóven engañado, ¿necesitas alguna recreacion? Pues para eso no es preciso te halles en todos los concursos, juegos y diversiones. Y dime ¿qué recreacion se encuentra en escuchar conversaciones profanas de esos otros jóvenes que precian de libertinos? Si no les

prestaron atencion á sus disparates, ellos no los dirian, y aun serian virtuosos. Por otra parte: ¿qué necesidad hay de que leas todos esos libros corrompidos, sepulcros blanqueados, mas pestilentes por dentro que compuestos por fuera? ¿De que concurras á todo género de bailes y diversiones de igual naturaleza? ¿Tienes un empleo dificil? ¿Qué precision hay de meterte en lo que no te toca? ¿Qué necesidad hay de mantener la profesion de mercader, procurador, cirujano &c., si es para tí ocasion de pecado? Oye lo que te dice San Carlos Borromeo: "Aunque el cometer alguna falta en un oficio ó empleo no sea suficiente motivo para obligarnos á renunciarlo, con todo no podemos mantenernos en él cuando nos muestra la experiencia que no podemos ejercerlo sin exponernos á evidente peligro de pecar."

Has dicho tambien que la ocasion en que te espones es remota. ¿Te engañas jóven inexperto! Qué, ¿no reputas por ocasiones próximas esas visitas que haces á hurtadillas de tus padres: esas conversaciones á solas en que por lo comun las pasiones dan sus mas fuertes ataques; esas concurrencias libres y familiares? ¿No llamas ocasion próxima ese comercio secreto que tenéis con aquella cierta persona: no crees que lo es el vivir en una misma casa con el objeto de tu ardiente passion, tenerlo á la vista, usar ambos de una íntima comunicacion ó inteligencia? Te engañas miserablemente. Separacion, divorcio, divorcio pronto, separacion entera, dice el Señor. *Por tanto, salid de enmedio de ellos y apartaos, dice el Señor, y no toqueis lo que es inmundo . . . Si el ojo os escandaliza, si es para vosotros ocasion de caer y de pecar, arrancadlo: si la mano, si el pié abusan de la libertad que les dais, y os exponen á pecar, cortadlos y arrojadlos lejos de vosotros*. Si aun cuando esa persona sea para tí tan apreciable, tan estimada y serena como el ojo derecho, te inclina á pecar, sepárate de ella y rompe todo comercio y comunicacion. Si aun cuando esa profesion, ese oficio, ese empleo te sean necesarios para vivir, son ocasion de que peques, déjalos, porque la salvacion de tu alma es de mas importancia que mil llaves de vidas que perdiesses. Pero aun cuando la ocasion no fuese siempre pecaminosa en sí misma, lo es á lo ménos en sus consecuencias. Sin distinguir aquí de ocasion próxima y remota, podemos decir que ella es siempre la causa del pecado, la que nos arrastra á él cuando nos metemos en ella, ó nos mantenemos en la misma sin poner las precauciones necesarias. Nunca estamos mas dis-

puestos á pecar, que cuando nos hallamos en la ocasion, porque entónces los sentidos tocan de cerca el objeto seductor, pues no hay cosa que mas excite la pasion que su presencia, porque de aquí no hay mas que un paso á la ejecucion.



Domínica primera despues de la Epifanía, ó sea la infraoctava de esta. (*)

La Domínica siguiente á la Epifanía es muy célebre en la Iglesia por la memoria que se hace en su oficio y misa del viage del Niño Jesus en Jersalen. En la Epístola, que es de San Pablo á los

(*) Para que nuestros lectores no se confundan cuando segun el calendario vean que sobran Domínicas llegando á la de Septuagésima, ó fallan para llegar á la primera de Adviento, advertimos que entre la Epifanía y la Septuagésima puede haber seis Domínicas á lo mas, y entre Pentecostes y la primera Domínica de Adviento, veinticuatro á lo ménos, formando ambas treinta, que son las que reza nuestra madre la Iglesia; pero como la Pascua de Resurreccion no cae siempre en una misma fecha, varían tambien la Septuagésima y el Adviento, de suerte que pueden llegar las Domínicas que siguen á la fiesta de Pentecostes á veinte y ocho; mas entónces, como la Septuagésima ha caido necesariamente muy inmediata á la Epifanía, solo habrá dos entre esta y aquella; de consiguiente sobrarán cuatro Domínicas en este primer periodo, y faltarán las mismas cuatro en el segundo, es decir, entre Pentecostes y Adviento. Lo que deberá el lector hacer es lo siguiente: reterrar las Domínicas que sobran llegada que sea la Septuagésima, para acomodarlas en las que fallen antes de que llegue el Adviento. El órden en que se acomodan es el que sigue: la Domínica vigésima cuarta despues de Pentecostes, siempre se reza el domingo anterior al primero de Adviento, y así las Domínicas que sobran despues de la Epifanía, ocupan el lugar de las que haya entre la vigésima tercera y vigésima cuarta despues de Pentecostes. Si estas fueren veinticuatro, quiere decir que sobró la sexta despues de la Epifanía, y entónces vendrá á ser esta la vigésima cuarta despues de Pentecostes, y la que era vigésima cuarta, será vigésima quinta. Si fueren veintiseis, sobrarán dos despues de Epifanía, que serán la XXIV y XXV despues de Pentecostes, y la XXIV será la XXVI. Si fueren veintiocho, sobrarán allá tres, que serán acá XXIV, XXV y XXVI, y la XXIV será la XXVII. En fin, si fueren veintiocho aquellas, restaron cuatro, que respecto de estas, serán la XXIV, XXV, XXVI y XXVII, y la XXIV será la XXVIII. Las Domínicas sobrantes en la Epifanía, se acomodan despues de Pentecostes en el mismo órden en que están puestas en aquel periodo; de manera que cuando sean las de Pentecostes veintiocho, tendrá lugar la sexta despues de la Epifanía; si fueren veintiseis, la V y VI; si veintiocho, la IV, V y VI; y si veintiocho, la III, IV, V y VI, ocupando los domingos sobrantes en el órden en que van colocadas. Alguna vez puede, sin embargo de lo expuesto, sobrar una Domínica, que ni pueda acomodarse antes de Septuagésima, ni antes de Adviento, y entónces podrá omitirse ó leerse juntamente con la última de aquel ó de este periodo; pues aunque la Iglesia no la omite, la traslada para otro día segun sus rúbricas, que no estando al alcance de la mayor parte de nuestros lectores, mas bien les serviría de confusion que de instruccion aplicarlas al caso de que se trata.

romanos, se exhorta á los fieles á ofrecerse á Dios en sacrificio mediante el ejercicio de las virtudes, á aborrecer las máximas del mundo, á conformarse con las del Evangelio, á mantenerse unidos con el vínculo de la caridad, y á cumplir con sus respectivas obligaciones.

En el Evangelio se refiere la historia de la separacion de Jesu-cristo de su familia. María y José iban todos los años á Jersalen á celebrar las tres solemnidades de la Pascua en memoria de la salida de Egipto, de Pentecostes, aniversario de la publicacion de la ley, y de los Tabernáculos, en que se representaba el viaje de los Israelitas por el desierto. Ignoramos de qué edad lo acompañó Jesus por la primera vez en estas peregrinaciones; pero sabemos que lo hizo á los doce años caminando como treinta leguas, distancia que hay entre Nazareth y Jersalen, y el Evangelista nos dice que acabada la fiesta, el Niño Jesus se quedó en Jersalen sin que María ni José lo advirtiesen; mas sería temeridad imaginar alguna negligencia ó descuido culpable en personas tan santas. Despues de un día de camino, en que lo habian creído mezclado con los demas caminantes por algun motivo que respetaban sin conocerlo, entraron en gran cuidado no viéndolo, y mucho mas cuando despues de haber preguntado á los parientes y conocidos ninguno pudo sosegar su inquietud.

Lenos de congoja restulven hacer mas diligentes pesquisas, y volviendo á Jersalen, lo hallan á los tres dias en una de las galerías del templo donde solian reunirse los doctores, en medio de ellos, llenándolos de asombro con sus preguntas y doctrina. El repentino tránsito de la tristeza al regocijo de que sus corazones se llenaron volviendo á verlo, dictó á su Santísima Madre la amorosa queja en que prorumpió inmediatamente: *Hijo, le decia, ¿cómo has hecho esto con nosotros? Tu padre y yo te buscábamos llenos de dolor. ¿Por qué me buscáis? les contestó: ¿acaso no sabéis que conviene me ocupe yo en cumplir los mandamientos de mi Padre? Como si dijera: No debísteis afligiros, ni dar lugar á un inquieto cuidado, puesto que sabéis quién soy y el fin de mi vida; desde luego debísteis persuadirnos que algun motivo importante para la gloria de Dios, me separaba de vosotros, me despendía de la carne y de la sangre, y no obstante el amor con que os miro, me sobreponía á él para cumplir la divina voluntad. Instruidos con esta respuesta nada le replicaron; y reunidos con él, volvieron á Nazareth, donde Jesucristo se mantuvo retirado y desconocido, sin que*

rer que supiésemos otra cosa de su vida en el tiempo que medió hasta que comenzó el ejercicio público de su ministerio, sino que en todo el permaneció obediente á sus Padres.

El sagrado historiador nos dice que segun crecia en edad, crecia tambien en gracia y sabiduria. Verdad es que siendo Dios verdadero nada podia adelantar en la perfeccion; pero esto significa acaso que se aumentaba cada dia el número de sus acciones heróicas, en cuanto hombre, y que en todas ellas daba cada dia nuevas pruebas de la sabiduria que arreglaba todas sus obras: y sin duda nos muestra que los que se dedican al servicio de Dios deben procurar siempre adelantar y crecer en la perfeccion; pues virtud que no hace progresos es como el árbol que no crece, el cual da sobrados indicios de que está próximo á secarse.

Hagamos algunas brevísimas reflexiones: Jesucristo, nuestro modelo, luego que puede se encamina al templo: ni el amor á su Santísima Madre ni á San José, ni la consideracion de la pena que iba á causarles le impide cumplir los preceptos de su Padre. Detenido en el templo, se ocupa todo en cosas santas: tiernamente reconvenido por su ausencia, manifiesta en la entereza de su respuesta la firme resolucion en que se halla de no faltar por ningun motivo á su ministerio; y restituido á Nazareth se prepara, á nuestro modo de entender, con un largo retiro para el desempeño de su encargo; porque sin embargo de que no necesitaba prepararse para los mas altos destinos, quiso que su ejemplo nos sirviese de norma: y por último, de todas sus virtudes solo nos pone delante la humildad con que se sujeta al estado de sumision y obediencia. Sea, pues, la piedad nuestro primer cuidado y nuestra principal ocupacion: cedan todos los respetos y razones humanas al cumplimiento de la ley: jamas nos avergoncemos de protestar en presencia de todo el mundo, que estamos decididos á no apartarnos por nada del camino que nos prescribe: busquemos en Dios por la oracion y el retiro los medios de llenar nuestras obligaciones, y sea la humildad la base de nuestra conducta.

La Epístola es del capítulo XII del Apóstol San Pablo á los romanos.

Hermanos: Yo os ruego encarecidamente por la misericordia de Dios, que le ofrezcais vuestros cuerpos como una hostia viva, santa y agradable á sus ojos, que es el culto racional que debeis ofrecerle. y no querais conformaros con este siglo, ántes bien trasformos con

la renovacion de vuestro espíritu; á fin de acertar que es lo bueno y mas agradable, y lo perfecto que Dios quiere. Por lo que os exhorto á todos vosotros en virtud del ministerio que por gracia se me ha dado, á que en vuestro saber no os levanteis mas alto de lo que debeis, sino que os contengais dentro de los límites de la moderacion, segun la medida de fé que Dios ha repartido á cada cual. Porque asi como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, mas no todos los miembros tienen un mismo oficio; asi nosotros, aunque somos muchos, formamos en Cristo un solo cuerpo, siendo todos recíprocamente miembros los unos de los otros.

El Evangelio es del capítulo II de San Lucas.

Siendo ya Jesus de doce años, habiendo subido á Jerusalem, segun solian en aquella solemnidad; y acabados aquellos dias, así que se volvian, se quedó el Niño Jesus en Jerusalem sin que sus padres lo advirtiesen. Antes bien persuadidos á que venia con alguno de los de su comitiva, anduvieron la jornada entera buscándolo entre los parientes y conocidos. Mas como no le hallasen, retornaron á Jerusalem en busca suya. Y al cabo de tres dias le hallaron en el templo sentado en medio de los doctores, que ora los escuchaba, ora les preguntaba; y cuantos le oian quedaban pasmados de su sabiduria y de sus respuestas. Al verle pues, sus padres quedaron maravillados; y su Madre le dijo: Hijo ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira como tu padre y yo, llenos de aflixion te hemos andado buscando. Y él les respondió: ¿Cómo es que me buscábais? ¿No sabiais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre? Mas ellos no comprendieron el sentido de su respuesta. En seguida se fué con ellos, y vino á Nazareth, y les estaba sujeto. Y su Madre conservaba todas estas cosas en su corazon. Jesus entre tanto crecia en sabiduria, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres.

MEDITACION.

Sobre la pérdida de Dios.

Considera cuán grande es la pérdida de Dios! Es tan gran mal, cuanto que Dios es el sumo bien; el que posee á Dios, lo posee todo; el que lo pierde, lo pierde todo; quedando el mas desventurado de los hombres. Dios es el bien por esencia: el trono de todas las gran-

dezas; el centro de todos los movimientos; el manantial de todas las delicias, y el oceano de todas las consolaciones. ¡Oh qué pérdida, la pérdida de Dios! Es mayor que la de una infinidad de mundos. Dios es el fin del hombre, su felicidad, su paz y su bien eterno: así es, que el que pierde á Dios necesariamente ha de ser miserable: ya no puede hallar ni paz, ni reposo, ni alegría, ni consuelo en su corazon. Incesantemente se siente agitado de perturbaciones é inquietudes en su alma: es la viva imagen de un condenado; pues que el infierno le forma la pérdida de Dios. ¡Oh, y qué cierto es que de todos modos es el sumo mal perder á Dios! Con él se pierden todos los bienes de la naturaleza, de la gracia, y de la gloria. ¡Ah, muera yo mil veces ántes que perderos, Dios mio!

Considera cómo se pierde á Dios. Se pierde por el pecado mortal: dispone á perderle el pecado venial: nos aleja de él la ingratitud: se desestima por el olvido, la tibieza y la negligencia. Dios está en el alma con una gracia de union, de direccion, de proteccion, de consolacion; pero el pecado mortal rompe toda esta union: el pecado venial la debilita, y Dios ya no se halla en el alma como estaba ántes: ya no la dirige; ya no la protege; ya no la consuela; ya no la ama. ¡Oh qué grande mal es el pecado mortal que nos hace perder á Dios; y la culpa venial que nos dispone á perderle.

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Ojos míos, llorad sin cesar y deshacedos en lágrimas: habeis perdido la luz y la idea de toda belleza! ¡Corazon mio, rómpete de dolor, que has perdido á tu Dios, á tu Padre, á tu Esposo, á tu Rey, á tu Salvador, tu paz y todos tus bienes! ¡Ay de mí! Llora de día y de noche, cual otro David, cuando me dicen ¿dónde está tu Dios? ¿Qué le has hecho? ¡Dónde le has dejado? ¡Ah miserable! Le has perdido por tu soberbia, por tu avaricia, por tu sensualidad! Le has vendido por un deleite imaginario: le has obligado á que se aparte de tí con tu ingratitud y negligencia. Es verdad: todo esto he hecho, Dios mio; pero ya estoy resuelto á buscaros incesantemente por el camino de la penitencia, por los senderos de la justicia, sin dejar de buscaros hasta que mediante vuestra gracia os encuentre en el templo de mi alma.

JACULATORIA.

Le hallé, y no le dejaré.

LECCION.

Sobre la obcecacion del pecador.

Asientan los teólogos que son muchas y muy graves las penas con que Dios castiga al pecador aun en esta vida; y entre ellas es la principal el endurecimiento del corazon. Esta pena es la que en las Sagradas Escrituras se llama ceguedad, dureza, abandono. Ceguedad, porque de tal suerte se ofusca el entendimiento entre las tinieblas del error, que no conoce el mal de que adolece ni el peligro en que se halla. Dureza, porque de tal modo se aficiona al pecado, que ninguna reflexion lo aparta de él. Abandono, que es la privacion de los auxilios eficaces de Dios con que pudiera romper las cadenas del pecado; pero que no lo tiene por su misma obstinacion en pecar. Es verdad que Dios á nadie niega la gracia suficiente; pero el pecador no quiere aprovecharse de ella. El dogma de la gracia solo puede ser perfectamente comprendido por su divino Autor; pero para formar de él sobre este punto alguna idea en nuestro entendimiento se valen los teólogos de una comparacion; y es la de un hombre que tiene toda especie de armas ofensivas y defensivas para triunfar de sus enemigos; pero que no quiere usar de ellas, y se deja vencer y quitar la vida. Es menester que le venga un impulso fuerte que lo anime y esfuerce para usar de sus armas, y con ellas vencer á su enemigo. Esto le pasa al pecador obstinado: la gracia suficiente le basta para ponerse en estado de salvacion; pero no quiere usar de ella para vencer sus pasiones y salir de su pecado; por lo que dominado del vicio se deja en él hasta morir. Necesita pues, de un auxilio eficaz y poderoso de la gracia; y este será el que Dios le retire á este pecador obstinado, de manera que dejándole solo la gracia suficiente podrá triunfar; pero de hecho no triunfará.

Tal estado debe horrorizarnos, y mas cuando reflexionamos que á él nos conducen nuestras culpas. San Gregorio dice: "El pecado que nace del pecado, no es ya solamente pecado, sino pena de él: pues por justo juicio de Dios Omnipotente se oscurece el corazon del pecador, de tal modo, que por la culpa anterior caiga en otras." Y San Agustín nos enseña: "Que es una pena muy justa del pecado, que el hombre pierda aquel bien de que no supo usar. . . porque el que advertidamente no ha obrado con rectitud, no sepa lo que es rectitud. En otra parte nos manifiesta la causa de este triste efecto di-

ciéndonos: "No pueden sufrir la luz los ojos acostumbrados á tinieblas; y los que habitan en estas no pueden juzgar de aquella: solo ven tinieblas, aman tinieblas, aprueban las tinieblas, y de unas en otras corren sin saber donde se dirigen. ¡Miserables! que pierden lo que no conocen: mas miserables que lo pierden aun conociéndolo: tropiezan con los ojos abiertos; y bajan vivos al infierno." ¡Ah! ¿qué remedio podrá haber para una ceguera voluntaria, para un corazón endurecido? Escuchémos cómo lo describe San Bernardo. "Corazón duro es aquel que ni la compuncion lo hiere, ni la piedad lo ablanda, ni los ruegos lo mueven, ni cede á las amenazas: los castigos lo obstinan: es ingrato á los beneficios, indócil al consejo, atrevido á la justicia, descarado para la torpeza, impávido en los peligros, tirano contra la humanidad; temerario respecto de las cosas divinas: se olvida de lo pasado, desprecia lo presente, no prevée lo futuro." ¡Oh, y con cuánta razon podriamos decir con un sabio místico, que entre el pecador endurecido y un condenado, ya apenas hay una pequeña diferencia!

Es ciertamente terrible la suerte de un hombre obcecado en la culpa; pero aun es mas dolorosa la de pueblos enteros caidos en ceguera. La multitud de pecados de los particulares va engendrando poco á poco la corrupcion de una nacion entera, que al fin llega á verse en el funesto estado que nos describe San Agustin diciendo que en un pueblo tal se ven: "El sabio sin obras, el anciano sin religion, el jóven sin obediencia, el rico sin caridad, la muger sin pudor, el amo sin virtud, el cristiano rijo, el pobre soberbio, el rey iniecu, el pastor espiritual negligente, la plebe sin freno, el pueblo todo sin ley." ¿En qué parará una nacion semejante? En la reprobacion. Mas me preguntaréis, dice un místico ¿por qué grados se llega á un estado tan deplorable? Breve es la respuesta: "Por la costumbre de pecar, que de tal suerte ciega al alma, que ni las amonestaciones de la Iglesia, ni los beneficios de Dios, ni sus castigos la apartan de la iniquidad." "Ved, dice el Señor por Isaías, que por "vuestras maldades habeis sido vendidos, y por vuestros pecados he "repudiado á vuestra Madre. Porque vine, y no habia hombre: llámame, y no habia quien oyese." Esto mismo repite el Señor en muchos otros lugares de la Escritura, siendo notabilísimo lo que dijo de la obstinada Jerusalem, como se ve en San Mateo: "Jerusalen, Jerusalen, que quitas la vida á los profetas, y apedreas á los que te son "enviados! Cuántas veces quise atraer y unir á mí á tus hijos, como

"la gallina congrega á sus pollos bajo de sus alas; y no quisiste! "Pues he aquí que se os quedará desierta vuestra casa." Tal es el castigo que atraen sobre sí los particulares y los pueblos. Huyamos pues, de todo pecado, especialmente de la torpeza, de la avaricia y de la envidia: temamos el silencio de nuestra conciencia, esto es, la falta de remordimientos en ella: temamos la falta de los azotes de Dios, pues el guardar silencio y no corregirnos es una señal clarísima de nuestra reprobacion.

Segundo Domingo despues de la Epifanía.

Nada notable hay que referir de la historia de este Domingo, pues aunque en él se celebra la festividad del sacrosanto Nombre de Jesus, de ésta hablaremos despues. La misa del presente comienza por las palabras del versículo IV del salmo 65, en que David convida á toda la tierra á alabar y bendecir al Señor diciendo: "Toda la tierra os adore y bendiga ¡oh Dios Altísimo! y cante cánticos de alabanza á vuestro nombre." El Profeta hace hablar en este salmo al pueblo judío, que da gracias á Dios por su libertad, y que convida á toda la tierra á unirse con él para bendecir al Señor. Los judíos libertados de su cautiverio eran figura de los gentiles sacados de la esclavitud del demonio por la gracia del bautismo. Se puede tambien decir que el Profeta habla en nombre de todos los hombres redimidos por Jesucristo.

La Epístola es del capítulo XII de la de San Pablo á los romanos, donde le es amonesta y persuade á que se desprendan de la vanidad del siglo para entregarse enteramente á Dios, sin engreirse por los dones que han recibido, y sin traspasar los términos de estos dones; aplicándose cada uno á las funciones de su ministerio y cumpliendo con las obligaciones de su estado, ordenándolo todo á la utilidad del prójimo, con quien deben hacer un todo, como lo hacen los miembros de un mismo cuerpo, sin que el uno se entrometa á hacer las funciones del otro. La comparacion de que se sirve el Apóstol es muy propia: como todos nosotros no hacemos sino un solo cuerpo con Cristo, que es nuestra cabeza, así tambien somos recíprocamente los unos como miembros de los otros, para ayudarnos y aliviarnos por la funcion que es propia de cada miembro en particular. Así como todos nosotros tenemos dones diferentes, segun la

gracia que se nos ha dado, es necesario que cada uno emplee sus talentos en bien de todos; y esto sin envidia de los otros miembros, sino contentándose con la medida de la gracia que se le ha dado; pues la caridad debe hacernos comunes los favores hechos á nuestros hermanos, sin que los envidiemos; así como la mano, que tiene su propio oficio, no envidia al ojo la facultad de ver, ni al pié la facultad de andar. El que ha sido llamado para predicar el Evangelio é interpretar las Escrituras, debe hacerlo, no según las luces de su propio espíritu, sino según las de la fe, del espíritu de Dios y de la Iglesia, á cuyas luces debe someterse todo espíritu particular; y los que no han sido escogidos por Dios para este ministerio, deben guardarse de dogmatizar. El que ha recibido el don de enseñar, debe hacerlo con solícitud; y el que está encargado de la conducta de los otros, debe portarse con ellos con mansedumbre y caridad. Después de haber instruido el Apóstol á los que están en empleos, pasa á dar lecciones generales y particulares á todos los fieles. No seais perezosos, les dice, en hacer con vuestros hermanos todos los buenos oficios que pudiéreis; sed fieles en cumplir vuestras obligaciones, y cumplid y creced continuamente en fervor en el servicio de Dios. Prevenid los unos á los otros en la honra y cortesía, y perseverad en la oración y en el ejercicio de las buenas obras. Las necesidades de vuestros hermanos miradlas como propias y aliviadlas con obras de caridad, practicando siempre la hospitalidad. Haced bien á vuestros enemigos. He aquí hasta donde debe ir el heroísmo y la perfección de la caridad cristiana, haciendo que el cristiano sea sensible para con sus hermanos, sea el que fuere el trato que reciba de ellos. No seais porfiados, continúa, ni tengais pleitos; la diversidad de sentimientos agría los corazones. No penséis altamente de vosotros mismos; sed humildes, compasivos, mansos, modestos; no seais sabios á vuestros propios ojos, porque nos engañan siempre en el juicio que nos hacen formar de nosotros mismos. Se puede decir que esta Epístola es un compendio de la moral cristiana.

El Evangelio no es ménos instructivo. Es la historia del primer milagro que hizo Jesucristo en las bodas de Caná. Había ya comenzado el Salvador su predicación después de haber ayunado cuarenta dias en el desierto, y acababa de elegir algunos discípulos, como eran San Pedro, San Andrés, San Felipe y Natanael, cuando le rogaron que tuviese á bien asistir á una boda que se celebraba en

Caná de Galilea, lugar distante tres pequeñas jornadas de Betania, donde se hallaba entónces el Salvador, y accediendo gustoso, se dirigió al lugar. La Santísima Virgen se encontró tambien en las bodas, que quizá eran los esposos algunos de sus parientes. Se presume, según la observacion de San Epifanio, que había muerto ya San José, pues no se habla de él una palabra en este Evangelio. En cuanto al esposo, algunos han creído que era Simeon el cananeo hijo de Cleofas; y otros que era S. Bartolomé, llamado Natanael; pero el venerable Veda, Santo Tomas y otros muchos son de parecer que el esposo era San Juan Evangelista, creyendo que el Salvador lo llamó del estado del matrimonio al apostolado, y que dejando á su esposa en el mismo dia de las bodas, perseveró siempre vírgen. Sea de esto lo que fuere, el Hijo de Dios quiso hacernos ver que podíamos hallarle, no solo en el retiro; sino tambien entre las gentes, cuando las obligaciones ó la decencia lo piden, y cuando todo respira cristiandad en el trato de ellas. Quiso ademas el Salvador, dicen los Padres, aprobar con su presencia el matrimonio, haciéndonos ver, que léjos de reprobarlo, había de elevarlo á la clase y dignidad de sacramento. Prosigamos la historia.

Al fin de la comida notó la Santísima Virgen que faltaba vino, y se compadeció desde luego de los que celebraban las bodas, por el sonrojo que aquella falta debía ocasionarles. Su caridad hizo que pensase en el remedio, que fué volverse hácia su Hijo Divino y decirle: "Les falta vino." El Salvador, que respondiéndole á su Madre, quería enseñarnos á todos que solo obraba por motivos sobrenaturales, y de ningún modo por respetos humanos, le contestó de un modo grave y respetuoso, que ya sabía la necesidad que le decia; que no pasase pena por ella; pues á su tiempo haria lo conveniente; pero *aun no ha llegado*, añadió, *mi hora*; esto es, el tiempo de manifestar su poder y su gloria. San Agustín, San Crisóstomo y otros padres, dicen que el Salvador aguardaba á que faltase vino absolutamente, para que no se creyera que no había hecho mas que aumentar este licor, ó que solo había hecho una simple mezcla del agua con el vino; queria que su primer milagro fuese incontestable y que tuviese por testigos á todos los concurrentes. Jesucristo quiso asimismo dar á entender con su respuesta, que si hasta entónces no había hecho ostension de su poder con algunos milagros, no había sido porque le faltase el poder, sino porque no había llegado el tiempo destinado para ello por su sabiduría. Tambien parece quiso

dar á conocer cuán eficaz era la intercesion de su Santísima Madre para con él; pues no siendo aun llegada su hora para hacer milagros, como lo declaró, obró uno de los mas señalados luego que su Madre le manifestó su deseo.

Así lo comprendió tambien la Santísima Virgen; pues sin insistir mas en explicarse, llamó á los que servian y les dijo que hicieran todo lo que les mandara Jesucristo. En efecto, el Salvador les ordenó que llenasen de agua seis grandes tinajas de piedra ófite ó alabastro que habia allí destinadas para la purificacion de los judíos, en cada una de las cuales cabian dos ó tres metretas de agua, es decir, como cincuenta ó sesenta azumbres. Apénas estuvieron llenas de agua hasta arriba, cuando al punto mudó el agua de color, convirtiéndose en un excelente vino por la virtud de aquel que con un solo acto de su voluntad hizo de nada todas las cosas. Entónces dijo Jesucristo á los sirvientes: "Sacad y llevad de beber al presidente del festin para que lo pruebe." Segun las tradiciones judaicas, el que presidia un festin, ordinariamente era uno de los sacerdotes, el cual tenia á su cargo arreglarlo todo y estar á la vista para que no se hiciera cosa que fuese contraria á la honestidad y decencia. Se presentó, pues, el vino al sacerdote, y lo probó; pero como atendia á otras muchas cosas y no sabia lo que habia sucedido, quedó sorprendido de la generosidad y bondad del nuevo vino. Llamó al punto al novio; el que segun costumbre, iba de mesa en mesa dando órdenes para que todo estuviere servido con puntualidad. ¿Cómo, le dijo sonriendo, cómo nos has dado este chasco? Todos acostumbrañ dar el buen vino al empezar la comida, y el peor cuando ya todos han bebido bastante; mas tú lo has hecho al contrario, guardando el mejor vino para el fin. Todos hicieron alto sobre este dicho del sacerdote, y gustando del vino, se certificaron del milagro. De este modo comenzó el Salvador á hacer manifestacion de su poder en lo público, pues no puede dudarse, dice Maldonado, que habria hecho en lo privado otros muchos milagros, conocidos solo de San José y de su Madre Santísima.

FIESTA

DEL SACROSANTO NOMBRE DE JESUS.

La Iglesia nuestra madre, que como mística Esposa del Cordero immaculado no cesa ni se cansa jamas de predicar, ensalzar y ben

decir su Santísimo Nombre, le dedica en esta dominica una fiesta particular con oficio y misa propios, con que celebra el poder, la grandeza y al mismo tiempo la dulzura y suavidad de este divino nombre de Jesus, en que se ve cifrada la gloria de Dios, la honra del mismo Salvador nuestro, Dios y Hombre verdadero, y la felicidad de todo el linage humano, pues en él se descubre todo el misterio de nuestra gloriosa redencion.

Para conocer esta verdad, no es menester mas que leer con reflexion lo que de él dice el Apóstol en su Epístola á los filipenses. Para recomendarles la caridad y la humildad, les propone por ejemplo á Jesucristo, y con esta ocasion descubre en el misterio de sus humillaciones y su cruz, el de su santo y admirable nombre: *Hu- millóse á sí mismo, dice, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por lo cual lo exaltó Dios, y le dió un nombre que es sobre todo nombre, para que al Nombre de Jesus doblen la rodilla todas las criaturas del cielo, de la tierra y de los abismos, y toda lengua confiese que nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre*. Véase, pues, en este magnífico elogio toda la grandeza del Sacrosanto Nombre de Jesus, y el misterio todo que en sí mismo encierra.

En efecto, segun todo el contexto de estas divinas cláusulas, hallamos que el nombre de Jesus es un nombre dado, impuesto por Dios mismo desde la eternidad al Redentor: un nombre glorioso dado por premio: un nombre sobre todo nombre, porque expresa y denota su cualidad de Salvador, única, singular y propia de Jesucristo: un nombre soberano y poderoso, de magestad, de grandeza, de triunfo y gloria, que rinde y avasalla á toda potestad y domina sobre toda criatura: un nombre de santidad que inspira la veneracion y el respeto: un nombre que ilumina al entendimiento y rectifica al corazón, para que la lengua confiese la grandeza que en el cielo goza aquel que en la tierra apareció humillado y lo tuvo por título distintivo sobre su cabeza en la cruz: un nombre misterioso, que si denota las glorias y triunfos del Redentor de los siglos, tambien expresa la humillacion, la obediencia, la muerte y muerte de cruz, por la cual fué exaltado.

Un nombre, pues, tan singular y admirable, no podia ser impues- to por los hombres á su arbitrio, ni ser un mero distintivo, cuando se daba á aquel que no podia confundirse con los hombres, ni deno-

tar otra cosa que su mision; es decir, la obra á que habia sido enviado, y el carácter con que aparecia en el mundo. *Vino el Hijo del Hombre*, dice de sí propio el mismo Jesucristo, *á salvar lo que habia parecido*. Conventale, pues, ó por mejor decir, no podia dejar de tener un nombre que explicara el objeto y fin de su mision, pues el nombre de Jesus significa en el idioma hebraico, lo mismo que *Salvador*. Así es que cuando el ángel enviado por Dios al castísimo patriarca San José, le intima que al Hijo que habia de parir su Virgen esposa, le ponga por nombre Jesus, da luego la razon de ello diciendo: *porque el salvará á su pueblo de los pecados de ellos*. Por lo que con propiedad y verdad podemos decir que este nombre admirable, cuya idea se hallaba en Dios desde la eternidad, y registrado, por explicarnos de este modo, en sus eternos decretos, fué anunciado á los hombres en el tiempo, siempre que les era anunciado el Salvador del humano linaje, y el fruto de bendicion en que habian de ser benditas todas sus generaciones, como lo hallamos consignado en las sagradas páginas, así como en muchas de sus figuras bajo diversos aspectos, especialmente en el antiguo patriarca José, á quien llamó Faraon en lengua egipciaca *Salvador del mundo*, por haber librado con la inteligencia y el consejo que Dios le inspiró, á aquellas y otras regiones de la muerte que debia haber ocasionado á sus habitantes la esterilidad de la tierra; disposicion con que Dios quiso ensalzar á José con título tan glorioso por haberlo constituido figura del verdadero Salvador del mundo.

Mas cuando llega la plenitud de los tiempos, y el Hijo de Dios vino ya á encarnar y nacer para mostrarse á los hombres y salvarlos con su muerte en la cruz, entónces este nombre de salud y salvacion *Jesus*, es revelado por Dios á su arcángel Gabriel: suena en los labios de este celestial Paraimfo; escuchanle los oidos de Maria, y su corazon se penetra y se llena de dulzura y de gozo; *Concebirás y parirás un Hijo*, le dice el arcángel, y *llamarásle por nombre Jesus*: decreto del Altísimo que se cumplió fielmente por Maria y José á los ocho dias del nacimiento de Jesus. *Cumplidos los ocho dias*, dice el Sagrado Evangelio, *para que fuese circuncidado el Niño, fué llamado su nombre Jesus, el cual nombre Jesus fué llamado llamado por el ángel antes de que fuese concebido en el vientre de Maria el Divino Verbo; cuya circuncuncion nos hace notar el Evangelista, inspirado de Dios, para que reconozcamos el origen todo divino de este santísimo nombre.*

El, sin embargo, debe ser adquirido por el Hombre Dios: á costa de trabajos, de humillaciones y padecimientos, tales, que no está de mas ni aun la muerte mas ignominiosa, dice el Apóstol: *Porque se humilló á sí mismo; y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; Dios le dió un nombre que es sobre todo nombre*. Si bien, precio tan excesivo no lo dió Jesucristo por una necesidad absoluta, pues bastábale un sólo suspiro para salvar á los hombres; pero su generosidad y su amor, que lo obligaron á abrazarse con tantos y tan acerbos tormentos, por hacer mas copiosa y superabundante la redencion del hombre, le hicieron emplear con prodigalidad inaudita tan inmensos tesoros de merecimientos en la adquisicion de un nombre, en cuya virtud habian de lograr sus redimidos bienes inexplicables. No es menester mas para que Jesucristo se humille y se haga obediente, no solo á su Eterno Padre, sino aun hasta á los verdugos que lo atormentan; para que vierta á torrentes su sangre inestimable; para que muera en una cruz: cualquiera precio le parece corto por tal que el hombre consiga el beneficio que va á traerle su nombre; pero mas que esto, porque el amor de su Padre celestial á los hombres sea aun mas conocido, y por ello mas glorificado, cuando se vea que en su Unigénito Hijo á quien ama con infinito y esencial amor, dió al Hombre un Salvador que á tanta costa lo redimiese. ¡Oh Nombre, fuente inagotable de gloria para Dios, y de bien para el hombre; pero ganado á costa de un sacrificio infinito en todos sus aspectos!

Así es en realidad, porque la salvacion del hombre requeria tanto como pagar el fiador su deuda y padecer su pena; y uno y otro hizo el Salvador con exceso inoconcebible. El hombre habia ofendido á Dios, dañándose á sí mismo; esclavizándose con su soberbia, con su desobediencia y con su destemplanza; y el Hombre Dios, Redentor generoso, satisfacía á Dios, reparaba al hombre, y lo libertaba con humillar se á sí mismo, y hacerse obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. ¿Y á vista de esto nos admiraremos de que su Padre celestial lo exalte y le dé un nombre que es sobre todo nombre? ¿Y podremos dudar que sea tal el nombre de Jesus cuando á su invocacion se dobla toda rodilla de los que estan en el cielo, en la tierra y en los infernos? De ninguna manera; pues su virtud soberana la vemos ejercida con eficacia tal, cual prueba el efecto pronto y cumplido que se obra de la manera mas solemne; mas pá-

— En otros lugares alia se venian y buscaban del salvador con ansia.

blica y notoria á la vista de todo el pueblo de Jerusalem y de sus gefes, enemigos capitales del Salvador.

Apenas sube Jesus triunfante á los cielos; apenas desciende de ellos el Divino Espiritu sobre los apóstoles, y los llena de su gracia, de su sabiduría, de su caridad y de todos sus dones; apenas se publica la ley de gracia, y la naciente Iglesia, Virgen Esposa del Cordero de Dios, abre su seno para recibir en él á todos los quieran ser hechos hijos de la luz y de la vida, haciéndose hijos de Dios por la fé y la caridad, cuando el Sacrosanto Nombre de Jesus, como rayo de divina luz, como principio de vida, como signo de gloria y prenda de salvacion, brilla y resplandece alumbrando los entendimientos, arde inflamando los corazones, y ejerce su virtud soberana sobre todos los seres, haciéndose obedecer de la naturaleza en todos sus reinos. Baste para comprobacion entre innumerables hechos portentosos el que insinuamos ántes. Subian los santos apóstoles Pedro y Juan al templo, á cuya puerta era conducido para que pudiese limosna un hombre cojo de nacimiento, conocido de todo el pueblo: fija Pedro en él los ojos, y le dice: *No tengo oro ni plata con que socorrerte; pero lo que tengo eso te doy. En nombre de Jesus Nazareno, levántate y anda:* y tomándole de la mano derecha, lo alza y se le consolidan al momento las piernas y las plantitas de sus piés, de modo que anda, salta y entra al templo alabando á Dios.

Un milagro tan patente conmueve á todo el pueblo, que lleno de admiracion y asombro rodea á los santos apóstoles en el pórtico de Salomon. Pedro aprovecha tan favorable coyuntura, y predica la virtud y excelencia del Sacrosanto Nombre de Jesus: lo mismo que hace al dia siguiente ante el principe y consejo pleno de los sacerdotes, ancianos y doctores, declarando para que les sea notorio, así como á todo el puebo de Israel, que aquel portentoso lo habia obrado en el nombre de nuestro Señor Jesucristo: *No hay otro nombre bajo del cielo* concluye el Apóstol, *dado á los hombres, en que podamos ser salvos.* ¡Ah! ¡qué bien prueba esta verdad la conversion de cinco mil hombres que se sigue mas que por el milagro por la virtud divina del Sacrosanto Nombre de Jesus! De este nombre sagrado que estremece al infierno y pone en fuga á los demonios: de este nombre saludable de quien reciben, por decirlo así, toda su eficacia los sacramentos de la nueva ley: de este nombre de bendicion y de gracia que convierte los corazones y mueve á toda lengua, como di-

ce el Apóstol, para que confiese el poder, la grandeza, la magestad, la gloria en que está Jesucristo nuestro Salvador á la diestra de Dios su Padre.

La gloriosa confesion y protesta animosa del Príncipe de los apóstoles San Pedro, ante el senado de Jerusalem, acerca del milagro que habia obrado por virtud del santo Nombre de Jesus, forma la Epistola que se lee en la misa de esta festividad, y el Evangelio es el de la Circuncision, en que, como hemos visto arriba, se contiene la imposicion del Nombre de Jesus, ó por hablar con la propiedad debida, el que se empezase á llamar en aquel dia al Divino Infante con el nombre que le habia impuesto su Padre celestial.

Agotan los Santos Padres los tesoros de su elocuencia para celebrar y ensalzar con los conceptos mas sublimes, con las expresiones mas significativas, las glorias y excelencias del Nombre de Jesus. Ya dice de él un Agustin, que es "nombre dulce, nombre deleitable, nombre que alienta al pecador y lo trae á penitencia, nombre de buena esperanza." Ya lo compara un Bernardo al óleo que alumbrá, cura y nutre; porque él enciende y fomenta el fuego de la devocion, cura las heridas del corazon, y alimenta espiritualmente las almas. Empero á estos conceptos y á cuanto pueda decirse, supera la dulzura, excede la suavidad, vence la magestad y la grandeza de este nombre admirable, nombre divino, nombre misterioso, cifra inimitable de las humillaciones de Jesus y de sus glorias.

Celebren, pues, este divino nombre los pueblos todos de la tierra, y entre festivas aclamaciones confiesen sus grandezas. El es el nombre de su Libertador; alábenle todos los redimidos de la esclavitud del demonio y del pecado: él es el nombre de su Capitan; invóquenle al entrar á las batallas que les presente el dragon infernal, y el cántico de las victorias que sobre él reporten, sea en loor de este nombre siempre triunfante y glorioso.

La Epistola de del capítulo XII del Apóstol San Pablo á los romanos.

Hermanos: Tenemos dones diferentes, segun la gracia que nos es concedida; por lo cual el que ha recibido el don de profecía, úselo segun la regla de la fé: el que ha sido llamado al ministerio, dedíquese á su ministerio: el que ha recibido el don de enseñar, aplíquese á enseñar: el que ha recibido el don de exhortar, exhorte: el que reparte limosna, déla con sencillez: el que preside, sea con vigilancia: el que hace obras de misericordia, hágalas con apacibilidad. El

amor sea sin fingimiento. Tened horror al mal, y aplicaos penitentemente al bien, amándoos reciprocamente con ternura y caridad fraternal; procurando anticiparos unos á otros en las señales de honor y de deferencia. No seais flojos en cumplir vuestro deber: sed fervorosos de espíritu, acordándoos que el Señor es á quien servís. Alegraos con la esperanza del premio: sed sufridos en la tribulacion: en la oracion continuos: caritativos para aliviar las necesidades de los santos; pronto á ejercer la hospitalidad. Bendecid á los que os persiguen: bendecidos y no los maldigais. Alegraos con los que se alegran, y llorad con los que lloran. Estad siempre unidos en unos mismos sentimientos y deseos: no blasonando de cosas altas, sino acomodándoos á lo que sea mas humilde.

El Evangelio es del capítulo II de San Juan.

En aquel tiempo: Se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, donde se hallaba la Madre de Jesus. Fue tambien convidado á las bodas Jesus con sus discipulos. Y como viniese á faltar el vino, dijo á Jesus su Madre: No tienen vino. Respondióle Jesus: Muger, ¿qué nos va á mí y á tí? Ahí no es llegada mi hora. Dijo su Madre á los sirvientes: Haced lo que él os dirá. Estaban allí seis hidrias de piedra, destinadas para las purificaciones de los judíos; en cada una de las cuales cabian dos ó tres cántaras. Díjoles Jesus: Llenad de agua aquellas hidrias; y llenáronlas hasta arriba. Dícetes después Jesus: Sacad ahora y llevadlo al maestre-sala. Hicieronlo así. Apenas probó el maestre-sala el agua convertida en vino, como él no sabía de donde era (bien que lo sabian los sirvientes que la habían sacado) llamó al esposo, y le dijo: Todos sirven al principio el vino mejor, y cuando los convidados han bebido ya á satisfaccion, sacan el mas flojo: tú al contrario, has reservado el buen vino para lo último. Así en Caná de Galilea hizo Jesus el primero de sus milagros, con que manifestó su gloria, y sus discipulos creyeron en él.

Este es el primer milagro que hizo Jesus en Caná de Galilea.

MEDITACION.

Sobre las místicas bodas de la comunión y disposiciones para ellas.

Considera que los hombres convidan á Jesus, tambien á sus bodas, y Jesus tambien convida á los hombres á las suyas; Jesus asis-

te á las bodas de los hombres; mas los hombres no quieren asistir á las nupcias de Jesus, las cuales se celebran en la santísima comunión, en que Dios se desposa con el alma del cristiano. Este desposorio es el mas perfecto que se puede imaginar, porque el hombre no solo se hace un mismo espíritu, sino tambien un mismo cuerpo con nuestro Señor. Por parte de Jesus es indisoluble este desposorio, aunque por la nuestra no lo sea; Jesus da cuanto tiene, se da á sí mismo, y se entrega sin reserva, y si el cristiano se reserva alguna cosa es por efecto de su infidelidad, con que no corresponde al amor de Jesus. Así pues, acercase á la comunión es asistir á las bodas, y estas se celebran en el corazon del que comulga. ¡Oh alma mia, alégrate, que vas á asistir á las bodas, que estás convidada á la comida del Cordero! ¿Por qué estás triste y llena de temor? Vas á comer el pan de los ángeles: vas á ser esposa de Jesus, y te acercas llorando á la mesa eucarística? ¡Ah! si te falta el vino de la devoción, convida á tus bodas á la Virgo Maria y representale tu necesidad: ella hará al momento que seas socorrida por el poder divino, y tu tibieza se convertirá en fervor.

Considera que los que van á estas bodas con temor y desconfianza, manifiestan con ello que no conocen la bondad del que los convida, ni el honor que les hace, ni los bienes que les promete; y reflexiona asimismo que los que se acercan con osadía y presunción dan muestras de no conocer la grandeza, la dignidad, ni la santidad del que van á recibir. Es necesario pues, que haya un medio que, evitando el desórden de uno y otro extremo, dé la disposicion conveniente para acercarse al sacramento, y acercarse de manera que guardándole toda reverencia, ceda en provecho nuestro la participacion de estos divinos misterios, y no sea para nosotros una vianda venenosa la que debe ser de salud y bendición. ¡Ah! El Salvador nos convida á las místicas nupcias, amenazándonos con su enojo si no asistimos. ¿Qué harémos, pues? Si no comemos en su mesa nos asegura que no tendremos vida; y si lo recibimos indignamente, nos dice su Apóstol, que comerémos nuestro juicio, esto es, el decreto y sentencia de nuestra condenacion. En esta alternativa nos hallamos, mas no por eso tenemos que dudar, pues bien claro es, que debemos acercarnos á la sagrada mesa y acercarnos dignamente.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Haz que así sea ¡oh Divino Salvador mio! haz que así sea, como yo te reciba. Léjos de mi la traicion de un Judas que te introdujo en su emponzoñado pecho para darte la muerte; pues el que así te vilipendia, como que te destruye en su interior, quitándote la razon de último fin y sumo bien, y poniéndolo en la inmunda criatura á que te sacrifica, y se sacrifica á sí mismo. ¡Ah! ¡Jamás me suceda tal desgracia! Y para que lo consiga, ayúdame, Señor, con tu poder soberano á dominar mis pasiones y á arrancar de mi corazon el desordenado amor de las criaturas: que la alma desgraciada que las ama no puede ser digna esposa tuya.

JACULATORIA.

Bienaventurados tus siervos, ¡oh Señor! que están siempre delante de tí.

LECCION.

Sobre los pecados de la vida pasada.

Si queremos de buena fé registrar y saber qué tantos son los pecados que hemos hecho en los tiempos pasados, discurremos brevemente por los mandamientos y pecados capitales, y encontraremos que no hay precepto á que no háyamos faltado, ni pecado capital que no háyamos cometido. Ya es tiempo de que recojamos el fruto de las lecciones que hemos leído en los dias del Año Cristiano. El primer mandamiento previene honrar á Dios; esto se verifica con las tres virtudes que llamamos teologales, fé, esperanza y caridad. ¿Cuál, pues, ha sido nuestra fé, cuando hemos vivido casi creyendo ser mentira cuanto ella predica? ¿Cuál nuestra esperanza, cuando ni aun hemos hecho memoria de la otra vida, ni ménos hemos cuidado de invocar á Dios? ¿Cuál nuestra caridad, cuando hemos amado mas al idolo de la honra, á la paja del interes y al cieno del deleite, despreciando ya expresa, ya tácitamente, por cualquiera de estas cosas al mismo Dios? ¿Cuál ha sido nuestra reverencia al nombre terr. ble de Jehová, cuando hemos tenido costumbre de profanarlo con nuestros falsos, injustos é innecesarios juramentos? ¿Cómo hemos santificado las fiestas del dia Domingo, dia verdaderamente grande, sino ofendiéndole mas en él? Pues en lugar de gástarlos en buenas y

santas obras, ¿no es verdad que los hemos empleado en jugar, pasear, y lo que es mas, en escandalizar á la inocente doncella, en andar de tertulia en tertulia, de calle en calle, en malos tratos y con malas compañías? Hemos desconocido á nuestros padres, hemos desobedecido á nuestros mayores, hemos descuidado de nuestros hijos y de nuestros súbditos, no imponiéndoles en lo bueno que deben practicar, ni apartándolos de lo malo que deben evitar. ¡Qué de odios, qué de venganzas hemos tenido! Y si estas han sido tantas, ¡cuántas serán las torpezas y fealdades de pensamiento, de palabra y de obra? Nuestro corazon no ha sido otra cosa mas que un cenagal: nuestra boca una sepultura abierta por donde salian los malos olores del alma corrompida por los pecados, no de cuatro dias como el cuerpo de Lázaro, ni de cuatro años, sino de cuarenta: nuestros ojos, ventanas de perdicion y de muerte, cuanto se les presentaba tanto deseaban: ¡cuánta avaricia en el corazon, cuántos hurtos en el deseo! Las mentiras, las murmuraciones y juicios temerarios no tienen número: no hay conversacion que no venga á parar en la doncella, en la viuda, en el sacerdote ó en el secular: no se perdona estado, no se perdona condicion.

Este es el modo con que hemos guardado los mandamientos; véamos cómo hemos cometido los pecados capitales. La soberbia no se ha apartado de nuestro corazon: el deseo de honras y alabanzas ha estado en todo su aumento: la loca presuncion de sí mismo y desprecio de los demás, no han sido ménos: la vana gloria y la liviandad nos han inflado de su humo espeso que nos ha hecho levantar los piés del suelo para ver y ser vistos de todos: ¿qué paso hemos dado, qué obra hemos hecho, y qué palabra hemos hablado que no haya llevado por objeto la vanidad? El vestido, el acompañamiento, la mesa y la cama, el ver y el andar, y en fin, todo ¿qué otra cosa respira sino soberbia y vanidad? La ira es de una serpiente: la gula, mientras mas come ménos se sacia: la pereza, la de una tortuga que apenas se mueve: en fin, todos los vicios principales, con todos sus agregados, residen en nosotros como en su propia casa.

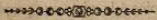
Hay mas: registremos nuestra niñez, y encontraremos que el primer uso de nuestra razon se manifestó en ofensas, en injurias al Criador, estando obligados, y gravemente, en sentencia de Santo Tomas, á emplear nuestro primer amor en Dios: crecimos en edad, crecieron tambien nuestros pecados; porque soltando el freno á nuestros apetitos juveniles, no hubo cosa nociva adonde no se dirigiese

nuestro desahogo. Las amistades mas perniciosas, nos eran mas placenteras: las diversiones mas repetidas, nos eran, las mas seductoras. ¿Qué año, qué mes, qué día no hemos quebrantado las divinas leyes? Nos embriagamos en un delincuente placer para encender el apetito de otro peor: en los lugares ocultos desahogamos nuestras pasiones, en los públicos escandalizamos la inocencia: en fin un pecado ha sido consecuencia del anterior y principio del siguiente.

Si disfrutamos de salud no es para agradecer este beneficio, que no se conoce cuando se goza, sino cuando se ha perdido; sino ántes bien para abusar de él, dando entera libertad á las pasiones sensuales. Si tenemos completos nuestros sentidos, no han sido para servir á Dios con ellos, sino para mas ofenderle. En esto hemos consumido la salud, la hacienda y la vida; el entendimiento, la voluntad y la memoria; la vista, la lengua y el tacto. Efectivamente, si Dios nos dió un entendimiento agudo en discurrir, fácil en aprender, y fecundo en inventar, no nos hemos servido de él sino para trazar nuestros artificios, ejecutar nuestras maldades y facilitar nuestros impuros designios: si somos abundantes de riquezas, las desperdiciamos con disolucion, y las mal gastamos con destemplanza. "Convertimos la salud en liviandad, y las riquezas en lujuria," dice San Gregorio. Dios se empeña en beneficiarnos, y nosotros en ofenderle: verdaderamente somos hombres de pecado é hijos de la corrupcion. Bien podemos exclamar con el penitente David: *Por cuanto me cercaron males que no tienen número: ciñéronme mis iniquidades, y yo no pude verlas. Se han multiplicado mas que los cabellos de mi cabeza.* ¿Qué de veces para aumentar mas nuestra maldad hemos repetido las ofensas despues de haber solicitado el perdon y prometido la enmienda?

Estos y otros mayores pecados hemos cometido en la vida pasada: con sobrada razon podemos decir: Pecado he, Señor, sobre el número de las arenas del mar, y por todas partes se han extendido mis pecados, haciendo muchas abominaciones y multiplicando las ofensas. Habiendo sobrados motivos que debian poner freno á nuestros excesos, y hacernos patente el temor de un Dios justo, bondadoso y benéfico, nunca le hemos reconocido, poco le hemos amado, y casi nada le hemos temido. Olvidados de todo, aun de nosotros mismos, nos hemos entregado á los vicios, iniquidades y pecados. Y aun cuando pudieran darse motivos graves para pecar, ¿tendria-

mos disculpa en nuestras ofensas? No sin duda. Pues ¿qué diremos cuando por juguetes y frusterías de niños, y muchas veces sin interés alguno, sino por costumbre y por solo desprecio de la Divinidad hemos pecado? Algunos cuando pecan suelen pecar con algún temor y remordimiento de conciencia, á lo ménos sienten el mal despues que lo han hecho; pero nosotros, ¡qué ceguedad, qué insensibilidad! Hemos hecho millones de pecados sin sentir temor ni remordimiento de conciencia: vivimos como si creyésemos que no hay Dios que juzgue nuestras acciones, que castigue nuestras maldades y que venga sus injurias. ¡Qué retrato tan cabal hace de nosotros David en su salmo 93! *¡Hasta cuándo los pecadores, Señor: hasta cuándo los pecadores se gloriarán: charlarán, y hablarán iniquidad: hablarán todos los que obran injusticia? A tu pueblo, Señor, abatieron y á tu heredad maltataron. A la viuda y al extranjero mataron, y á los huérfanos quitaron la vida. Y dijeron: No lo verá el Señor ni lo sabrá el Dios de Jacob.* Este es el mayor mal que hay en el mundo: los piés ligeros para correr al mal, es lo mas aborrecido de Dios. Esa facilidad, esa ligereza en el pecar, es lo que condenó á muchos, y nos condenará tambien á nosotros. Baste ya de pecados: uno solo sería mucho: muchos ¿qué serán?... Aprovechemos en justicia y santidad como Jesucristo, no en culpas é iniquidad.

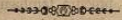


EXPLICACION DE LAS ESTAMPAS DEL FRENTE.

Tercer Domingo despues de Epifania.—Tocando Jesus con su mano á un leproso, le sana. *San Mateo, cap. VIII.*
Nuestra Señora de Belen.

Cuarto Domingo despues de Epifania.—Estando Jesus durmiendo en un barco, sobrevino una fuerte tempestad: sus discipulos lo despertaron pidiéndole los salvase; y levantándose Jesus, amenazó al viento, y dijo á la mar: *Calla, enmudece: al instante el viento cesó y sobrevino una gran bonanza.* *San Mateo, cap. VIII.*

Quinto Domingo despues de Epifania.—Parábola de los hombres dormidos, y el enemigo sembrando zizania en medio de ellos. *San Mateo, cap. XIII.*



Tercer Domingo despues de la Epifania.

ESTE Domingo no tiene cosa particular que pueda llamarnos la atención. Solo hallamos que antiguamente se llamaba indiferente.



Tercer Domingo despues de Epifania



Nra. Sra. de Belen.



Cuarto Domingo despues de Epifania



Quinto Domingo despues de Epifania.